

EL ESPEJO DEL ORDEN EN FRANCIA

EL 30 de mayo de 1968, una gran manifestación ascendió los Campos Eliseos, desde la Concordia al Arco de Triunfo, con ministros y diputados a la cabeza; sus flancos estaban guardados por muchachos con brazaletes que les distinguían como miembros del «servicio de orden» de organizaciones de extrema derecha, y los claxons de los automóviles repetían cinco golpes de claxon que se traducían por las cinco sílabas de «Algerie française», y en una segunda traducción simultánea, puesto que la independencia de Argelia estaba ya suficientemente consolidada y era irreversible, como la firma, el acto de presencia, de aquellas fuerzas que habían apoyado a la OAS —Organización del Ejército Secreto— en las jornadas revolucionarias, diez años atrás. El día antes, De Gaulle había pactado con los jefes militares en la base de Baden-Baden (Alemania Occidental); se decía que una columna blindada, con el pretexto de unas maniobras, estaba a las puertas de París, dispuesta a intervenir. Los resultados del pacto no se hicieron esperar. A mediados de junio, el general Salan, el coronel Argoud, el capitán Curutchet y otros ocho militares encarcelados por la rebelión militar de la OAS eran amnistiados. El coronel Lacheroy, que vivía oculto desde entonces, se presentaba y era inmediatamente puesto en libertad. Regresaban del exilio Georges Bidault y Jacques Soustelle. Puede decirse que a partir de la manifestación del 30 de mayo había terminado el ensayo general revolucionario que habían iniciado los estudiantes casi un mes antes, al que se habían sumado hasta diez millones de obreros en huelga. Había terminado con un triunfo de la derecha, que se consolidaría en las elecciones del 23/30 de julio para la nueva Asamblea Legislativa —la anterior había sido disuelta por De Gaulle—, y, finalmente, con la evicción del propio De Gaulle por vía de referéndum y la

El asunto del estudiante Guiot ha cristalizado una situación que es un remedo de la de mayo de 1968. En la foto, Guiot entre su novia y su madre a la salida de la cárcel.



elección de Georges Pompidou a la presidencia de la República. Repitiendo la leyenda del «Aprendiz de brujo», De Gaulle era víctima de las mismas fuerzas que había convocado y que ya no podía exorcizar.

LA situación actual en Francia desciende en línea recta de los sucesos de hace casi tres años. Las derechas habían tomado el poder no sólo por la fruición de acudir a una llamada contrarrevolucionaria, no sólo para vengarse de su viejo enemigo De Gaulle, que les había engañado y desmantelado en 1958, sino para gobernar, y está gobernando. Ha sacado su fuerza no ya de unas elecciones consecutivas victoriosas —que en resumen sólo dan el carácter de «legitimidad»—, sino del triunfalismo de un simulacro de guerra civil ganado, de la misma forma que la izquierda se ha hundido en la confusión y el caos, en la moral de derrota de una guerra civil perdida. La derecha sabe que su fuerza está en la fuerza, y no desarma. Los débiles deben desaparecer en el camino. Si ciertos puristas como Vendroux y Fouchet se inquietan por la reparación política de Soustelle dentro del partido gaullista, se les deja dimitir, pero se sostiene a Soustelle, autor en el exilio de un libro, «La esperanza traicionada», denunciando a De Gaulle, bajo cuyo nombre se ampara el partido dominante, el UDR. Si el secretario general del UDR, René Pujade, muestra ciertas debilidades, se le sustituye por un duro. El duro es Tomasini, nombrado el 14 de enero y ya alzando la bandera de la contrarrevolución. «Mussolini-Tomasini», titula «Combat». Jugando con la rima fácil y con algo más, con el nuevo tomasinismo. Tomasini ha acusado a los magistrados de «cobardía» porque sus sentencias no son bastante rigurosas contra los detenidos políticos, mientras, en cambio, la policía, al ejercer su represión, «es el representante de la libertad»; ha acusado a los periodistas de la radio y la televisión de que sus informaciones resaltan siempre «los aspectos negativos de la sociedad francesa», lo cual le parece «extraño, excepcional, escandaloso, mórbido, pesimista, molesto o desmoralizante», y concretamente los periodistas de la primera cadena de la televisión están «domesticados por los enemigos de la libertad». Aparte de las consiguientes reacciones indignadas de los estamentos atacados, Tomasini ha conseguido una indisposición grave entre la policía y la magistratura. Cuando el 19 de febrero el Tribunal de Apelación declaraba inocente al estudiante Guiot —acusado de haber atacado a la policía—, dos sindicatos, por lo menos, de policías han manifestado su disgusto por esta decisión de alta magistratura, que les ha producido «indignación y estupor». Pero hay unas elecciones municipales a la vuelta de la esquina, el mes de marzo. El poder no puede enfrentarse con ellas —podrían romper la imagen de su legitimidad—, si una acción de apaciguamiento. Tomasini ha retirado sus palabras ofensivas para la magistratura; se lo ha exigido el primer ministro. Quizá le cueste el cargo de secretario general en el próximo congreso de la UDR, quizá entonces estallen todas las contradicciones del partido que aglomera a la mayoría. Pero, para entonces, las elecciones municipales se habrán celebrado ya.

EL asunto del estudiante Guiot ha cristalizado una situación que es un remedo de la de mayo de 1968, pero a la que se unen otros numerosos datos: el caso Soustelle, la ocupación y evacuación forzosa de la basílica del Sagrado Corazón —en la que un estudiante fue herido por una granada lacrimógena: perderá un ojo y quedará deformado, pero su «caso» ha despertado poco eco: era un militante y no una figura inocente como la del estudiante Guiot—, la agitación social —huelga en la aviación civil, huelga metalúrgica en Nantes, perspectiva de huelga en todos los puertos de Francia— dibujan una situación poco satisfactoria para el poder. Aparece la crisis clásica de los poderes de la derecha: un exceso de represión puede conducir por un cierto camino —el de la reacción, la protesta, el desequilibrio del orden, que es la oferta máxima que suele hacer la derecha a sus gobernados— a los mismos resultados que una blandura en la represión, o una ausencia de represión. Parece que el ideal, en estos casos, es encontrar un motivo claro y visible de represión —por eso la izquierda clama siempre a sus más fogosos afiliados que huyan de las «provocaciones»—, caso del que queda siempre como ejemplo la famosa matanza que siguió al incendio y Reichstag en el alba de la Alemania nazi. El tema del estudiante Guiot, en cambio, sirve la oposición como muestra de la represión inútil: puede acusarla de sistemática, de generalizada —«contra la juventud», «contra los estudiantes», «contra la ideología de izquierdas», etcétera— y, por consiguiente, para la denuncia del poder como fascista.

LA defensa de estos últimos tiempos frente a este tipo de crisis es la de la «represión invisible», que no rompa el espejo del orden y, por el contrario, que ayude a su resplandor. Uno de los errores en este momento es el de hacer ostensible, como lo ha hecho Tomasini —desde el puesto principal de un partido al que pertenecen el presidente de la República, el primer ministro y la mayoría de los ministros—, un intento de presión sobre dos estamentos recubiertos

por la inmunidad mágica de la democracia: la justicia y la información. Aparte de la inoportunidad del caso, se le discute en términos constitucionales, en términos de separación de poderes: el judicial, en democracia, ha de ser absolutamente independiente del político. Pero es precisamente este tema del poder basado en una situación de fuerza —aunque legitimado por la democracia electoral y, sin duda, con la adhesión aún de la mayoría del país— y la relación con sus propias leyes el que aparece ahora en la discusión. La Constitución francesa, revisada varias veces por el general De Gaulle desde su acceso al poder por el pequeño golpe de estado de mayo de 1958, garantiza un poder ejecutivo fuerte, y es una respuesta a las constituciones anteriores —la IV República—, donde el poder ejecutivo aparecía como débil en un régimen de partidos políticos. Pero aún así, esa Constitución garantiza las libertades individuales y los derechos políticos de las minorías. La «represión invisible» constituiría en contornar esa Constitución de forma que las libertades garantizadas se fuesen perdiendo. Un diputado de la derecha centrista (PDM), Pierre Sudreau, teme en un reciente artículo que la opresión se ejerza por vía técnica administrativa. «El ciudadano se siente cada vez más burlado por la omnipresencia de la administración, que no cesa de extender su actividad en múltiples dominios. Se trata, sin duda, de una de las consecuencias de la sociedad moderna, en el seno de la cual el Estado es cada vez más omnipotente... El mismo cita a Michel Poniatowski: «El equilibrio que existía en Francia entre el Estado y el individuo se ha roto. La administración encierra la actividad de cada uno de nosotros de manera cada vez más estrecha. La libertad de cada uno, su iniciativa, su dignidad, están cada vez más amenazadas». Y pide Sudreau: «El Estado debe cesar de considerar al francés como un ser menor, incapaz o peligroso».

INESPERADAMENTE, esta tendencia al regreso a las leyes parece ser, por ahora, el objetivo principal de la oposición más radicalizada. Jean-Paul Sartre —que estuvo encerrado en el Sagrado Corazón— explica este punto de vista en el prólogo que ha escrito a las actas del proceso Alain Geismar: «Es preciso obligar al Gobierno —dice— y a la clase dominante a que se sirvan de las leyes existentes sin falsearlas. Es preciso, aunque no fuese más que por esta razón: si el Gobierno se atiene al código, no tiene medios para reprimir los movimientos revolucionarios».

PUEDE decirse que los incidentes revolucionarios de mayo de 1968 han sido mal saldados en Francia, y que los poderes emergidos de aquel momento no han conseguido evitar la escisión de la sociedad como pudieran haberlo hecho confiando en la fuerza, en la legitimidad y la mayoría nacional que desde entonces les amparó y que les sostiene todavía, pero que pueden perder si les rompe el espejo del orden.

Después del ataque lanzado contra ellos por el secretario general del partido gaullista, René Tomasini, los magistrados franceses se manifestaron en el vestíbulo del Palacio de Justicia de París.



LA HERENCIA DEL GENERAL

RAMON L. CHAO

PARIS.—Tres meses después de la muerte del general De Gaulle, la mayoría gubernamental heteróclita que durante catorce años se llamó el gaullismo, afronta la crisis más importante de su historia.

El problema, latente ya desde la ascensión de Georges Pompidou a la Presidencia de la República, se plantea ahora de forma aguda entre los elementos considerados como «ultras» y los partidarios de la liberación del régimen de la «nueva sociedad». El «affaire Guiot», juicio sumario y condena de un colegial a seis meses de cárcel, es el elemento revelador del malestar endémico.

Los «ultras» consideran que, desde hace unos meses, los magistrados e incluso el ministro de Justicia se muestran excesivamente generosos con los movimientos izquierdistas. El malestar crece en la policía, particularmente en los sectores de las «brigadas especiales de intervención», en los CRS y otros dedicados a la represión estudiantil.

HUELGA DEL HAMBRE

Los movimientos izquierdistas, animados por «Secours Rouge», consiguen una victoria sobre el Ministerio de la Justicia al obtener el estatuto de detenidos políticos para los estudiantes encarcelados por su participación en manifestaciones violentas. Hasta hace diez días se les consideraba y trataba como detenidos de derecho común.

Victoria difícil, conseguida después de una huelga del hambre de un mes observada por todos los detenidos «gauchistas». El ministro de Justicia, René Pleven, cede y nombra una comisión de expertos para establecer un estatuto de detenidos políticos. Pero «Secours Rouge» no se detiene ahí; continúa a la campaña en favor de la extensión de estos privilegios (derecho de visitas, de recibir libros y revistas, etc.) a todos los detenidos, incluso a los de derecho común. En una manifestación organizada la semana pasada en este sentido, un militante maoísta de veinte años, Richard Deshayes, recibe en plena cara, lanzada a bocajarro, una granada lacrimógena. El joven ha perdido un ojo, y está ahora en el hospital con el rostro completamente desfigurado. Este caso consiguió impresionar a una masa indiferente, cuando no exasperada por las acciones de los izquierdistas.

La autorización de venta pública del órgano maoísta «La Causa del Pueblo», dirigido por Jean-Paul Sartre, después de meses de recogida sistemática, fue un nuevo motivo de exasperación de los «ultras» antes de producirse el «affaire Guiot».

LA CHAQUETA A CUADROS

Gilles Guiot es un colegial de dieciocho años del Liceo Chaptal, estudiante de matemáticas superiores. El

día 9 salió del colegio, situado en el barrio de Pigalle, donde se celebraba la manifestación de «Secours Rouge» en favor de los huelguistas del hambre. Gilles Guiot se encuentra, momentos después, en un camión de la policía: «Has sido tú... —le dice un policía—. Has sido tú», es decir, el que le ha dado un bofetón a un CRS armado y escudado, tirándole al suelo. Guiot no se da por aludido; hay varios jóvenes en el camión, y cree que no se dirigen a él. Al día siguiente, juzgado por un Tribunal de Urgencia, sin abogado, es condenado a seis meses de cárcel, tres de ellos en libertad provisional.

La declaración de los policías bastó —que dicen haberle reconocido por la chaqueta a cuadros que llevaba— para esta condena. Pero resulta que Gilles Guiot no sólo era lo que se dice un empujón que nunca se metió en política, sino que, según numerosos testigos, no se encontraba en el lugar del bofetón en el momento en que se produjo.

Todos los profesores del Liceo —de derechas y de izquierdas—, todos los sindicatos de la enseñanza, todas las asociaciones de estudiantes están de acuerdo: Gilles Guiot es inocente, y la justicia ha sido demasiado expeditiva.

La solidaridad de los colegiales y profesores con Gilles Guiot es inmediata: huelgas en casi todos los liceos, manifestaciones en las calles, clima de «pre-mayo». «Va a ser peor que en mayo del sesenta y ocho», me dijeron tres colegiales que hacían «auto stop» camino de Sèvres. La Asociación de Padres de Familia, grupo conservador, lamenta que «la detención y condena sin abogado defensor del joven Gilles Guiot ensanche y refuerce un movimiento de agitación que se había iniciado por distintos motivos». Por su parte, y por no citar más, el derechista «L'Aurore» escribía que «el problema consiste en saber si Gilles, que no se metía en política antes de entrar en la cárcel, no se va a meter al salir».

COBARDES Y DOMESTICADOS

Este es el momento que elige el secretario general del partido «gaullista», René Tomasini para lanzar un ataque virulento contra la Justicia: «Si se han reprimido actos contrarios a la ley de forma lamentable, la culpa debe recaer sobre la cobardía de los magistrados y no sobre las encargas de reprimir estos actos»; contra los periodistas, en especial los de la primera cadena del OTF, «domesticados por los adversarios de la libertad»; contra el primer ministro, Chaban-Delemas, que se ha «equivocado» en su política de la liberalización de la información. La primera reacción proviene del ministro de Justicia, René Pleven, que manifiesta su «estupefacción». Siguen los periodistas y los magistrados: los primeros declaran que las palabras de Tomasini se sitúan «al borde de la difamación», mientras que algunos jueces aseguran que hay